

ría el Canadá. Terminó con patética peroración. «En el cielo, oh María, no encontráis oportunidad de ejercer la misericordia: pero en la tierra ¡qué vasto teatro para vuestras ternuras!»!

Monseñor Duhamel, Arzobispo de Ottawa en una alocución en inglés puso de relieve cuán legítimo es el culto que los católicos tributamos á la Madre de Dios. Concluida la Misa el Obispo diocesano de Trois Rivières, lee una disertación histórica acerca del santuario del Rosario, y luego sube á colocar sobre la frente de Nuestra Señora del Cabo el signo del poder y de la soberanía. Emoción indecible embarga á los concurrentes. Es una especie de corriente magnética que pasa por las mentes y corazones, que los sacude. Todos los ojos quedan humedecidos con dulces lágrimas. El Prelado se arrodilla entonces y con voz entrecortada por los sollozos recita una oración tiernísima, en que le dice á María que allí está con todos sus hijos para besar su cetro é implorar sus maternales bendiciones.

En hombros de los sacerdotes fué conducida la imagen á su querido santuario donde se entonó por centenares de voces el *Te Deum* de la acción de gracias.

Autoridades. — *Manuel du pèlerin au Cap de la Madeleine* par l'abbé J. E. Panneton. — Montreal C. O. Beauchemin et Fils, Libraires imprimeurs, rue St. Paul, 256 et 258. — *Annales du T. S. Rosaire et Cronique du pèlerinage du Cap de la Madeleine.* — *Précis historique du Sanctuaire de Notre Dame de très Saint Rosaire au Cap de la Madeleine* par Monseigneur Cloutier, évêque des Trois Rivières.

CAPÍTULO XXIII

Nuestra Señora de los Ángeles (Costa Rica)

SUMARIO.—I. La República de Costa Rica. II. La imagen de Nuestra Señora de los Ángeles. III. Favores concedidos por Nuestra Señora de los Ángeles. IV. La peregrinación.

I

COSTA RICA

De las cinco pequeñas Repúblicas que forman la América Central, la más adelantada, vigorosa y tranquila es la de Costa Rica, situada entre los grados 8 y 11 de latitud Norte y que deslinda por el Sur con Colombia. Su extensión superficial no ha sido bien apreciada todavía, por lo cual los geógrafos modernos siguen el cálculo de Eliseo Reclus que le asigna 51.760 kilómetros cuadrados. Sus costas orientales son bañadas por el Atlántico ó Mar de las Antillas, y las occidentales por el Pacífico. Descubrió las primeras Cristóbal Colón en 1502, cuando verificaba su cuarto viaje, y las segundas los emisarios de Pedrarias Dávila, Gaspar de Espinosa, Hernán Ponce y Bartolomé Hurtado. Parece que los conquistadores le dieron el nombre de Costa Rica á causa de unas minas de oro llamadas de Tisingal, situadas en las costas del Atlántico; otros creen que Colón las llamó así conjeturando que habría grandes riquezas en ese suelo.

Durante la época colonial fué provincia del reino de

Guatemala, y nada progresó. Los frailes Recoletos franciscanos trabajaron con celo apostólico por civilizar á los indígenas, y fundaron varios pueblos.

Cuando en 15 de Septiembre de 1821 se inició en Guatemala la independencia, Costa Rica se adhirió al proyecto concibiendo la idea de que los cinco Estados formaran una sola República. Mas como en 1823 algunos de ellos quisieran seguir el efímero imperio de Iturbide de Méjico, Costa Rica prefirió gobernarse por sí misma.

En varias ocasiones ha manifestado sus simpatías por la formación de la gran República de Centro América; pero este ideal, que redundaría en gran provecho de esos pequeños estados y podría contener un tanto las ambiciones del águila del Norte, no ha podido realizarse. Aspiraciones ambiciosas han hecho fracasar las tentativas verificadas.

Desde la independencia ha progresado extraordinariamente esta República, debido á la rectitud y prendas de varios de sus gobernantes y á que no se ha visto impulsada á tantas guerras civiles y extranjeras como sus otras cuatro hermanas.

Entre sus Presidentes más celebrados figura D. Juan Rafael Mora, que gobernó desde 1850 hasta 1859. Con acendrado amor patrio se dedicó al engrandecimiento del país. Á él se deben los principales edificios de la capital de la República, la ciudad de San José, que cuenta unos veinticinco mil habitantes. En 1852 celebró concordato con la Santa Sede; orillándose así muchas dificultades; se suprimieron los diezmos, comprometiéndose el gobierno á sostener el culto. Sólo se le inculpa el destierro del primer Obispo de la diócesis Monseñor Anselmo Llorente; el cual regresó á las playas de la patria cuando Mora salía expulsado y no volvió sinó para ser pasado por las armas en las playas de Punta Arenas

por un odioso decreto de su sucesor, D. José María Monte Alegre.

También fué pacífica y progresiva la administración del Licenciado D. Jesús Jiménez, que ocupó la silla presidencial desde 1863 á 1866. Fomentó sobre todo la instrucción pública, llamando de España profesores distinguidos.

La población de la República en Marzo de 1900 era de 303.752 habitantes, casi todos de la raza blanca. Apenas quedan unos dos centenares de indios paganos. La principal riqueza es el cultivo del café, que es el más apreciado en varios mercados. En 1819 principió á cultivarlo el P. Velarde, sembrando algunos granos que le proporcionó el gobernador Acosta.

La religión de la mayoría de los costarricenses es la católica, apostólica, romana; pero la Constitución tolera todos los cultos, y de hecho existen en San José, Puerto Limón y en otras ciudades templos protestantes. La diócesis fué creada por Pío IX por Bula expedida el 2 de Marzo de 1850. En 1900 tenía 58 parroquias y 155 iglesias ú oratorios (1).

II

LA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES

Entre las ciudades más importantes de Costa Rica figura Cartago, fundada por los españoles en 1563, y que fué la capital durante la época colonial y en los primeros años que siguieron á la independencia. Cuenta unas 6000 almas y va progresando rápidamente hasta

(1) Pastoral del Ilmo. Sr. Dr. D. Bernardo Augusto Thiel de 1.º de Diciembre de 1900.—Véase también la Geografía de Costa Rica por D. Francisco Montero Barrantes, impresa en Barcelona el año 1892.

competir con San José. Es ciudad eminentemente religiosa, como lo atestigua el hecho de tener más templos católicos que las restantes de la República, siendo dignos de mención el de San Nicolás, de arquitectura gótica, el del Carmen, Soledad, San Francisco, y el de los Ángeles. Este último es el que ha dado motivo á escribir las presentes líneas, por encerrar una imagen pequeñita de piedra, venerada con el título de *Nuestra Señora de los Angeles*, no sólo por los costarricenses, sino por todos los católicos de Centro América.

El Santuario es espacioso y bien adornado. Aunque de antiguo origen, fué reparado y hermoseado por haber sufrido deterioros en el terremoto de 2 de Septiembre de 1841, llamado de San Antolín. El Ilustrísimo Sr. Llorente, primer Obispo de Costa Rica consagró dicho santuario el 4 de Septiembre de 1852.

Desgraciadamente nada se ha escrito referente á la milagrosa imagen. El M. I. Sr. Dr. D. Ricardo Zúñiga Canónigo de la Catedral, á cuya benevolencia debo el bello libro, *Homenaje á Jesucristo, ofrecido por el clero de la diócesis de Costa Rica á fines del siglo XIX*, donde se describe la peregrinación al santuario de nuestra Señora de los Ángeles, me asegura que en diez años que residió en Cartago no cesó de estimular á los escritores que revolviesen archivos y escribiesen alguna historia de la taumaturga imagen: pero sus exhortaciones se perdieron en el desierto. Yo me congratulo de que, merced á reiteradas instancias á diversos personajes de Costa Rica, el decano del clero, presbítero D. Víctor Ortiz, publicase en el presente año una especie de romance ó más bien leyenda en octavillas, en que refiere la aparición de la santa imagen (1). Sensible es que no

(1) Titúlase el opúsculo *La aparición de la imagen de Nuestra Señora de los Angeles*; y se imprimió en la imprenta de D. Anastasio Lehmann, San José C. R.

haya escrito en prosa, pues á los ochenta y tres años que cuenta el venerable anciano, las musas se muestran ya esquivas y la imaginación apagada.

He aquí lo que en sustancia dice el referido opúsculo.

El 2 de Agosto de 1635 una humilde aldeana fué á coger leña para su hogar en la floresta vecina á Cartago. Allí la aguardaba la Providencia para otorgarle una gracia extraordinaria, que le envidiarían sus parientes y amigas. Mientras recogía leña seca en el fondo de unas breñas, divisó erguida sobre tosca peña una imagencita, también de piedra, desprovista de adornos, y que sostenía en el brazo izquierdo agraciado Niño, de formas diminutas como la Señora. Atónita la candorosa mujer ante aquel inesperado hallazgo y juzgando que había descubierto un tesoro que nadie le podía legalmente disputar, cogió la imagen y la llevó á su casa, escondiéndola en un cofre de cuero, ya que carecía de otros muebles más dignos.

Cuando al día siguiente volvió á la floresta por leña sorprendióse de ver en el mismo sitio una imagen. Se acerca á la imagencita, la examina y la encuentra muy semejante á la que ya tiene en casa. Esto la infunde recelos de que quizás alguna persona escondida en los matorrales pretende burlarse de ella. Con todo se resuelve á llevarse la imagen á su domicilio para que haga compañía á la del día anterior. Ya puede imaginarse el lector la zozobra y disgusto que experimentaría la aldeana al abrir el cofre y encontrarle vacío. Dominadas las primeras impresiones asegura bien la nueva alhaja, y al caer la tarde del día siguiente, vuelve á la floresta. Mientras iba recogiendo leña se le aparece otra vez la imagen. Con el corazón palpitante examina y dice: es la misma de ayer. Y empezó á vacilar sin atreverse á tomar resolución alguna. Por un lado no quería despreciar el tesoro hallado, y por otro le faltaba ánimo

para llevarlo temiendo ser víctima de ilusión ó engaño. Ocurrióle la idea de consultar al cura, que es el padre de sus feligreses. Aunque llena de miedo y vergüenza refiere ingenuamente cuanto le había sucedido. El sacerdote, que se llamaba don Alonso de Castro y Sandoval, ordenóle que volviese á la mañana siguiente trayendo la imagen hallada, y que entretanto guardase secreto. Cumplió la india lo que se le mandaba y volvió con la imagen la cual robó el corazón del piadoso cura, que juzgó que obra tan bien labrada no podía aparecer de cualquier modo en aquellos riscos.

La fisonomía de la Virgen, es humilde y bondadosa, sus ojos de dulcísimo mirar, su continente el de madre amorosa. El Niño que sostiene en el brazo la mira con complacencia.

Á fin de hacer las convenientes averiguaciones el párroco retuvo la imagen y la guardó bajo llave en una cajita para impedir un robo ó sacrilegio. Pero sucedió como en las veces anteriores que desapareció de la casa del señor cura. Encontróla en la misma floresta, y entonces, después de ponerse de acuerdo con el gobernador y los frailes, que en la ciudad moraban, resolvió trasladarla á la parroquia en solemne procesión. Entrados los fieles del suceso acudieron en apiñada multitud y llevaron en triunfo la bendita imagen cantándole himnos. Llegados á la parroquia todos se afanaron por contemplarla y rendirle los homenajes de su amor filial. Desde entonces se la llamó Nuestra Señora de los Ángeles por haber aparecido el 2 de Agosto en que la Iglesia hace conmemoración de este título de la Santísima Virgen tan propagado por los hijos de San Francisco. Satisfecha la piedad de los fieles se encerró la efigie en el mismo sagrario confiándose la llave al coadjutor. Mas al dar este sacerdote muy de madrugada la sagrada comunión notó que había desaparecido. Sin sombra

de duda se dirigen con el cura á la piedra de las apariciones, y allí la encuentran. Ya no fué posible dudar de que la Señora quería se la erigiese un santuario entre el musgo y la hierba de aquel lugar predilecto de su corazón. Allí quería derramar gracias sobre los venturosos hijos de Costa Rica. Pronto los fieles de Cartago improvisan una enramada y allí colocan á la Señora. Y luego españoles y naturales, ricos y pobres, ofrecen dones y trabajan con sus manos para levantar un santuario digno de la Reina que venia á buscar hospedaje entre ellos. Con actividad admirable, y sin arquitecto que los dirigiera, zanjaron los cimientos y dieron cima al edificio de cantería que todavía subsiste. En tiempos modernos se le añadieron la portada, las torres y las capillas que tanto le hermosean. Se tuvo la feliz idea de colocar en el presbiterio debajo del altar mayor, la piedra bendita donde cinco veces se había manifestado Nuestra Señora.

En el altar mayor de delicado gusto, y rodeado de nueve ángeles, se dispuso el trono para la imagen. Desde esa fecha memorable no cesan de visitarla desvalidos, enfermos, afligidos y jamás se retiran desconsolados. La santa imagen es pequeñita, como hemos indicado, y se la cubre con vestidos de ricas telas de forma algo parecida á los de la Virgen del Pilar de Zaragoza. Sus devotos le han regalado joyas de no escaso mérito para su adorno. El Ilmo. Sr. Obispo Dr. D. Agustín de Santa Cruz, Obispo de Nicaragua, á cuya jurisdicción pertenecía antes Costa Rica, le regaló valioso pectoral de esmeraldas, que sirvió para adornar una de las túnicas de oro. Monseñor Thiel le ofreció rica corona de este mismo precioso metal.

Para fomentar más el culto de Nuestra Señora de los Angeles el Sr. Obispo Dr. D. Domingo Satarin, por auto

de 20 de Julio de 1736, declaró festivo el día 2 de Agosto.

Es tanta la veneración que tienen los costarricenses á la devota efigie, que jamás es tocada por los seculares sino por los sacerdotes. Poco después de proclamada la independencia el primer Congreso publicó un decreto declarando á Nuestra Señora de los Ángeles, patrona y protectora de la República. He aquí el texto del decreto:

El Jefe Supremo del Estado de Costa Rica, por cuanto el Congreso Constituyente del mismo Estado ha decretado lo que sigue:

«El Congreso Constituyente del Estado de Costa Rica ha tenido á bien decretar y decreta:

La Virgen de los Ángeles Madre de Dios y Señora nuestra es y será en lo sucesivo Patrona del Estado de Costa Rica.

Comuníquese al Jefe Supremo del Estado para su ejecución, publicación y circulación, Dios, Unión, Libertad.—San José, Septiembre veintitrés, de mil ochocientos veinticuatro.—Agustín Gutiérrez, Diputado Presidente, Manuel Aguilar, Manuel Alvarado. Al Jefe Supremo del Estado».

Por tanto mando se guarde, cumpla y ejecute en todas sus partes. Lo tendrá entendido el Secretario del despacho y hará se publique y circule.

San José, Septiembre veinticuatro, de mil ochocientos veinticuatro.—Juan Mora. Al ciudadano José María Peralta.

III

FAVORES CONCEDIDOS POR NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES

La Virgen de los Ángeles ha cumplido su oficio de

Patrona favoreciendo á Costa Rica en sus calamidades públicas y derramando beneficios á cuantos desgraciados llegan ante sus aras á implorar su maternal clemencia. En el terremoto de 1841 llamado de San Antolin; por haberse verificado el 2 de Septiembre, la ciudad de Cartago fué reducida á ruinas. Sólo el santuario de la Virgen quedó en pie y allí acudían á refugiarse los habitantes, agradecidos de no haber perecido entre los escombros de los muros derribados.

En el año de 1856 se desarrolló con furia la epidemia del cólera morbo, que hizo estragos en todos los términos de la República. Nueve mil víctimas había segado la muerte, cuando los fieles volvían los ojos y el corazón á Nuestra Señora de los Ángeles y cesó el flagelo como por ensalmo.

En los años 1856 y 1857 se desató otra plaga, la guerra llamada de los filibusteros. Un aventurero yanke de apellido Walker se presentó en Nicaragua como auxiliar de uno de los bandos que se disputaban el poder. Llevaba en su compañía doce mil filibusteros de la América del Norte y se apoderó de Granada y de todo el país y en 1856 se hizo elegir Presidente. Los Estados de Centro América conocieron el peligro, que corría su autonomía y se decidieron á defenderla á costa de la sangre de sus hijos. En Costa Rica, los soldados enardecidos por la voz del Presidente Mora, y del Obispo Llorente, invocaron el auxilio de nuestra Señora de los Ángeles, y se lanzaron á los campos de batalla. La suerte les fué propicia, pues obligaron á Walker á refugiarse en Rivas y á los cuatro meses de sitio capituló. Se le dejó vivir; pero dos veces quiso renovar sus hazañas, hasta que cogido por los hondureños le fusilaron en Trujillo. Después de estas victorias los costarriqueños procuraron mostrar su gratitud á su celestial Patrona.

No podemos precisar las bondades de María de los

Ángeles para con los individuos. Los exvotos que adornan el templo prueban bien alto las bondades de María y la gratitud de sus hijos. Sólo mencionaré un prodigio á que se refiere el capellán Sr. Ortiz en las últimas estrofas de su Leyenda. Es la fuente cuyas aguas beben con delicia los romeros. Al construir el santuario cuyos muros son de piedra, ignorándose el motivo, fabricaron las últimas hileras de toscos adobes. Allá por el año 1800 uno de los empleados de la catedral y excelente músico, D. José M. del Valle, al salir del coro notó un día que toda la pared estaba cubierta de verde musgo. Admirado de la novedad del caso, se reúne con otros amigos, y examinan la pared. Luego conocen que por los adobes se filtraba agua que descendía y daba vida al musgo. Colocáronse tubos de hierro para que el líquido descendiese al suelo sin perjudicar al edificio, y con ella se surte la pila. En cierta época dejó de manar el agua; pero los fieles con súplicas y penitencias lograron que volviese á brotar de nuevo.

IV

LA PEREGRINACIÓN

Remataremos estos ligeros apuntes reproduciendo un artículo del precioso libro *Homenaje á Jesucristo*, que hemos citado antes, en que se relata la peregrinación de los fieles de Costa Rica al santuario de Nuestra Señora de los Ángeles al alborear el siglo XX. Fué éste un hecho grandioso jamás presenciado en esa República y cuyo proyecto fué ideado por el Sr. Dr. D. Ricardo Zúñiga.

«Peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de los Ángeles en Cartago.

A las doce de la noche del domingo 6 de Enero las

campanas de la santa Iglesia Catedral en alegre repiqueo y doce bombetas lanzadas á las nubes, con su solemne estallido anunciaban á los peregrinos de la provincia de San José, que era llegado el momento de partir en camino de penitencia, al santuario por muchos títulos amable de Nuestra Señora de los Ángeles en Cartago.

Al abrirse las puertas de la anchurosa Iglesia Catedral una multitud inmensa invadió las naves para esperar allí el momento del desfile.

Minutos antes de la una de la mañana, el Ilmo. señor Obispo dió solemnemente la bendición á los peregrinos; y al grito de fe; *¡Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera!* dado por el jefe de la peregrinación, señor Cánónigo don Ricardo Zúñiga, empezó el desfile en secciones separadas de hombres y mujeres, según los distintos pueblos, gobernados por sus respectivos párrocos.

¡Hermoso espectáculo de orden y de fe, nunca visto en Costa Rica! Una extensa línea de peregrinos que ocupaba más de 400 metros, formada por más de 4000 peregrinos de la ciudad de San José y de los pueblos del lado oeste de la capital, marchaban en orden admirable sin hacer confusión y sin que en el trayecto de cuatro leguas, que recorrieron, dejasen oír un grito descompasado. Todos atentos y obedientes á las indicaciones de los jefes y celadores y llevando magníficos estandartes desplegados, caminaban á Cartago con tanta alegría, cual si caminaran al Paraíso. ¡Tanto pueden la fe cristiana y el amor á María Reina de los Ángeles y de los hombres!

Imponente é indescriptible era el cuadro que ofrecían aquellos fervorosos peregrinos: unos grupos recitaban en voz alta el Santísimo Rosario, otros entonaban con voz llena las canciones populares del Santo Dios, Dios te Salve María, la Salve, el Perdón y el Corazón Santo; otros conversaban en voz baja. Y es admirable consi-

derar que no hubiera entre ellos el menor desorden, á pesar de que en el trayecto se encontraron algunas tiendas de licores en vigia.

En Ochomogo se esperó un corto espacio de tiempo la peregrinación de Cartago, que venia á encontrar á los josefinos. Venian aquellos romeros en magnífico orden, acompañados del señor Cura, don Juan de Dios Trejos, de los Padres Capuchinos y demás clero de la ciudad y de algunos pueblos vecinos.

Abrazo de fraternidad, de comunidad de fe y amor á María se dieron allí, la capital nueva llena de bríos y de espléndidos ideales con la antigua capital de noble abolengó y representante de las tradiciones de Costa Rica. Allí donde en otro tiempo midieron entre sí esos dos pueblos sus armas en fuerza del odio, en este día de eterno recuerdo se dieron el ósculo de amor y juraron ambos fidelidad á Dios y amor á María, erigiendo en testimonio en ese lugar de alianza una cruz de piedra con la siguiente inscripción: «Encuentro de las provincias de San José y Cartago en peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de los Angeles.—7 de Enero de 1901».

Bendijo el señor Cura la Cruz y después habiendo repetido los peregrinos de ambas provincias la suprema exclamación de:

¡Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera!

abrieron paso los cartagineses en número de unos cinco mil á los josefinos que desfilaron por el centro; y juntos en el orden anterior y con numerosos estandartes flotantes, se encaminaron á Cartago, que en el corazón de los romeros era algo así como la tierra prometida en donde se guardaba el arca de María.

¡Qué magnífica romería! ¡Qué coronación tan brillante de las fiestas á Cristo Redentor al iniciarse el siglo XX! La peregrinación al santuario de María había de ser

la flor más preciosa en la corona que Costa Rica entretejió al Redentor del género humano, en este nuevo siglo que, con tan felices augurios, promete ser siglo de prosperidad, de paz, de fe, de religión y de bendiciones para el pueblo costarricense.

Una vez en Cartago la romería atravesó la calle principal de la ciudad, bajo hermosos arcos de triunfo, acompañada de los acordes de la música militar. En el santuario una muchedumbre inmensa de 14.000 personas oyó fervientemente la misa que celebró el señor Rector del Seminario en un estrado que se levantó en la puerta principal y en frente de la cual se colocó el estandarte principal de la peregrinación, verdadera obra de arte, hecho en el Hospicio de Huérfanas de esta capital y que ondeará en el templo de María como recuerdo de tan feliz suceso.

Después de la misa, en voz pausada y vibrante y desde la tribuna levantada al efecto, leyó el señor Presbítero don Juan de Dios Trejos un concienzudo é importante discurso.

Después el señor don Polibio Chávez, ilustre poeta ecuatoriano, leyó algunas octavas de un precioso canto escrito por él en honor de María Reina de los Angeles, con motivo de esta peregrinación. Las pocas estrofas que pudo leer por ser ya muy tarde, arrancaron estruendosos aplausos de los millares de romeros que lo escuchaban.